

## OBITUARIO



ANDRÉ COYNÉ  
(1927-2015)

*IN MEMORIAM*

Daniel Lefort

Entre las comunidades intelectuales que proliferan en torno a una escuela literaria, un autor de renombre, una época histórica o una corriente filosófica, existe una que está ligada a un territorio con contornos movedizos, múltiples ámbitos y determinaciones flexibles en el espacio y el tiempo: la de los *peruanistas*. Si bien definir el *peruanismo* sería una tarea bastante azarosa y ambigua, un(a) *peruanista* es, en cambio, una persona muy bien identificada por su forma de entregarse con alma y espíritu a entender, comprender, estudiar y difundir los infinitos aspectos de la geografía, la historia, las ideologías y las realidades culturales y sociales del Perú antiguo y moderno. Por eso hay congresos de *peruanistas*, *peruanistas* del interior y *peruanistas* del exterior, nacionales y extranjeros, que dedican sus esfuerzos mentales al estudio del inagotable Perú.

En ese sentido, André Coyné fue uno de los más destacados en una categoría particular –la de los *peruanistas* franceses– en el campo de la poesía peruana. Cuando llegó a Lima en noviembre de 1948, era un joven y brillante profesor de

francés de veintiún años, titular de una beca otorgada por el Centro Hispánico de París, que venía con el proyecto de hacer un estudio sobre César Vallejo. Ya era sensible a las fuerzas de lo invisible desde su infancia<sup>1</sup>, pero ya en la primera semana de su estadía en Lima, dos acontecimientos decidieron de su vida: el encuentro con el poeta César Moro y, bajando con él a la playa, la caída –desde el acantilado– de un guijarro que le hirió la cabeza y que él recibió como un signo del destino.

César Vallejo, César Moro: son los dos emperadores de la poesía para quienes Coyné profesó una dedicación ferviente. Al primero le dedicó su mejor trabajo universitario, realizado en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, *César Vallejo y su obra poética* (1957) que, más tarde, daría lugar a una síntesis más amplia y detallada bajo el simple título *César Vallejo*<sup>2</sup> (1968) y finalmente al ensayo *Medio siglo con Vallejo*<sup>3</sup>. Coyné no concebía estudiar la obra de un poeta sin penetrar en su vida íntima, conocer los motivos de sus pasiones y las vivencias que daban a sus poemas esa gran densidad humana

- 1 Como se lo puede verificar en su respuesta al cuestionario de André Breton sobre *l'art magique* en 1955: «Nacido a la sombra de un castillo medieval, en un pueblo del Sur, con la escuela allí instalada, un cierto punto del globo, en Bioule (Tarn-et-Garonne), cuando vuelvo a él resucita para mí la magia que yo le atribuía en la época. Las dos salas de la escuela habían sido hechas (lo están todavía) en una de las salas bajas del castillo; no me las recuerdo más que por un punto de vista: el marco de las ventanas recortado en los muros del castillo, con un enorme espesor; miraba el río –el Aveyron– que fluye a sus pies, cuando arrastraba durante el invierno las aguas sucias que cubrían a menudo la orilla opuesta– contemplación ligada con fuerzas oscuras que no conseguí conjurar a tiempo y que consiguieron, después, una revancha terrible sobre mi vida.» (A. Breton, *L'Art magique*, 1957, rééd. Phébus/Adam Biro, París, 1991, p. 298)
- 2 Primera publicación: Buenos Aires, 1968. Nueva edición en la colección *Hacia el Primer Centenario del Nacimiento de César Vallejo*, SEA/Concytec editores, Lima, 1989.
- 3 Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial. Lima, 1999.

y esa fuerza tan emotiva. Es por este motivo que Coyné sintió la necesidad de encontrar a Georgette Vallejo antes de iniciar su viaje a Perú –encuentro del cual nacería una verdadera amistad. Luego, una vez llegado al Perú, viajó a Trujillo, Santiago de Chuco y Huamacucho para recoger material sobre el nacimiento, la infancia y la juventud del poeta<sup>4</sup>. Los análisis profundos de sus monografías deben su profundidad a la relación que Coyné explora entre las vivencias de Vallejo y la honda significación humana de los poemas recogidos en *Los heraldos negros* y *Trilce*.

Con César Moro, su historia fue todavía más larga y desgarradora. Aun si las relaciones entre ambos estuvieron siempre llenas de carga emocional, pero sin duda marcadas por la ambigüedad y las turbulencias –entre pasión amorosa, no exenta de celos, y amistad exigente– la dedicación, casi devoción, que tuvo Coyné respecto a Moro después de su muerte en 1956 los empareja como a Max Brod y Kafka. Ya un año después, Coyné publica *La Tortuga ecuestre y otros poemas* y una compilación de prosas –*Los Anteojos de azufre*– en Lima, así como su última poesía francesa, *Amour à mort*, junto con *Poèmes (1948-1955)* en París. Luego, dará decenas de conferencias, charlas y artículos tanto en el Perú como en Francia hasta los primeros años de la década del 2000, mientras publica metódicamente, según las oportunidades y los escasos recursos disponibles, textos sueltos o colecciones de inéditos como *Biographie péruvienne* en la revista *Exil* (París, 1974) y *Ces poèmes.../Estos poemas...* (Madrid, 1987). Lo que no podrá publicar él mismo lo proporcionará a otros fervientes estudiosos de la obra de Moro como Julio Ortega –que reeditará *La Tortuga ecuestre* en Caracas y en Madrid– y Ricardo Silva-Santisteban, que logrará publicar la primera parte de la

4 André Coyné, *César Vallejo*, 2a. ed. SEA/Concytec, Trujillo, 1989, p. 181.

obra completa de Moro con *Obra poética I* en el Instituto Nacional de Cultura. Si bien estas publicaciones llegaron a dar cierta audiencia a Moro en círculos poéticos del Perú y de América Latina a pesar de sus tirajes limitados, Coyné siempre quiso ubicar al poeta más surrealista de todo el continente en su lugar, es decir entre los más importantes del Perú, junto con Vallejo, y también de América Latina como lo tildaron Octavio Paz y Mario Vargas Llosa. Faltaba dar a conocer la totalidad de la obra poética de César Moro, y esa fue la *obra magna* de Coyné –hacer la edición crítica de la *Obra poética completa* en la colección Archivos de la Unesco– a la cual dedicó sus últimos esfuerzos antes del accidente que quebró su salud en su vejez ya avanzada.

Más allá de su amor por la poesía peruana, André Coyné estuvo siempre maravillado por los paisajes del Perú, a tal punto que el *flechazo* que recibió a su llegada a Lima se repitió después de poco tiempo cuando viajó al interior:

Recién llegado al Perú cuyo litoral es, a lo largo de dos mil kilómetros, un desierto que borda una ruta de cabo a rabo, no tuve emoción más fuerte que descubrir en el momento menos esperado ciertos pueblos con pobres casas de adobe a ras del suelo y, sobre el fondo de mar y cielo, una iglesia con dos torres iguales que se levanta sola en la planicie circundante y que, por extraño efecto del clima, parece una catedral perdida, sin otro propósito que de conjurar el paisaje alrededor; su existencia misma es una respuesta, su presencia un encanto<sup>5</sup>.

y más tarde en la sierra andina:

Las montañas peruanas son otra cosa que el litoral. Cerca del Cusco, a cuatro mil metros de altura, yo no conozco nada

5 André Breton, *L'Art magique*, *Op.cit.* p. 298. (traducido del francés)

más *turbador*, más *deflagrante*, que una piedra gigantesca, con forma vagamente humana, testimonio de un culto preincaico para la cual los Incas construyeron luego una especie de pedestal, encerrándola a cierta distancia con una construcción en forma de media luna que evoca a un teatro o un tribunal. Detrás, en cambio, hay una roca monumental cuya superficie está completamente labrada por la mano humana, el interior es algo como un laberinto –el Ken’ko (el lugar es conocido con el nombre de Kenko)– junto, en la sombra, con una tabla de piedra para sacrificios. Una de las fotos que tomé estaba empañada, la otra con superimpresión de un patio de la época colonial: de las más de cien fotos hechas en el transcurso de este viaje, no hay otras que estas dos que sean así marcadas<sup>6</sup>.

Que sean castillos de la infancia, encuentros imprevistos, guijarros caídos del alcantilado, visión de iglesias coloniales o piedras ceremoniales del antiguo Perú, Coyné estaba extremadamente sensible a los *signos*: signos del destino, signos de un mundo espiritual, invisible, pero no menos impactante sobre la vida de cada uno de nosotros. Destinado a recorrer gran parte del mundo por su oficio de profesor de francés en el ámbito de la cooperación franco-extranjera –en Brasil, Camboya, México, Argentina, España, Portugal, Tunisia, Costa de Marfil y hasta Camerún– él estuvo siempre atento a escuchar la voz de la *bouche d’ombre* de Victor Hugo y a identificar la poesía en el eco de la Tradición –en su sentido esotérico– venida del fondo de los siglos. De aquí sus poemarios de corte surrealista –*L’Absence à habiter* (1954), *Nuit l’Orbite* (1962), *Alibi à loup d’angle* (1966), *Sept Toits du Toi* (1976)– y sus ensayos que cuestionan la relación entre poesía y metafísica : *Portugal é um ente.../ De l’être du Portugal* (Fundação Lusíada, Fribourg-Lisboa, 1999) o « *Pour la*

6 *Ibid.*, pp. 298-299.

*tradition ou pas* » sobre René Daumal (*Dossier H, René Daumal, L'Âge d'homme*, Lausanne, 1993). En este sentido, no podía estar lejos de las inquietudes de André Breton quien, a su regreso a Francia después del exilio americano en los años de guerra, amplió su reflexión más allá de Freud y Marx para llegar al pensamiento de René Guénon y de los utopistas del siglo XIX. Pero no compartía el rechazo de Breton a toda forma de trascendencia, tal como lo expresó en un artículo sobre «el surrealismo entre revolución y tradición»:

el punto de vista *tradicional* supone que sea reconocida la existencia de una Tradición primera, con esencia metafísica y origen no humana, que el hombre recibió al principio, de la cual todas las tradiciones que él siguió después fueron adaptaciones según las circunstancias hasta estas últimas formas que son las formas religiosas que quedan familiares para nosotros y que se relacionan, cada una, con una revelación, la cual en cada oportunidad les llegó desde arriba, independientemente del contexto histórico-geográfico de su ocurrencia<sup>7</sup>.

Sea cual fuere el campo –poético o filosófico– que eligió para expresarse, fue siempre notable la franqueza y la exigencia de *sinceridad* que Coyné manifestó en sus escritos y declaraciones. Son estos rasgos de su personalidad que determinaron sus confesiones respecto a la vida íntima de Vallejo o la homosexualidad de Moro y de él mismo, enriqueciendo la visión que podemos tener de los poetas.

André Coyné falleció el 15 de enero del 2015 a los ochenta y siete años sin tener entre sus manos la *Obra poética completa* de César Moro, el libro tan deseado que se encon-

7 “*Le surréalisme entre Révolution et Tradition*”, *Éléments*, n° 85, mayo-junio-julio de 1996.

traba trabado desde hacía más de una década. Pero sabía que ya estaba por aparecer y se fue con la seguridad del deber cumplido.